

tersburgo es la ciudad de los esbirros y de los espías. Sí, espía el mozo de la fonda que enciende la chimenea; espía, el peluquero que os mueve á hablar mientras os peina y adereza el cabello; espía, la lavandera; espía, el comerciante, para quien llevais vuestras cartas de crédito, ó vuestras letras de cambio; el espía os sigue, se pega á vuestro cuerpo, á vuestra conciencia, vela invisible vuestro sueño; parece el aire, que os rodea perpetuamente. Como Herten hablara á un pariente suyo de la estatua de Pedro I, que ante la fonda se alzaba oscura y casi negra sobre la nieve, y recordara el primer grito de libertad lanzado á los piés de tal estatua, una seña expresiva le impuso silencio, recordándole el peligro de tales conversaciones, en la residencia del Emperador omnipotente. A los pocos dias, cuando más descuidado estaba, entra un gendarme en su habitacion, le manda seguirle, y tomándolo en un trineo, le lleva á presencia del director general de policía, que á boca de jarro, lánzale la amenaza de un nuevo destierro en Siberia. Pero ¿por qué? pregunta afligido, sin atinar con la causa de este nuevo tormento, horrible para un jóven casado y con hijos. «Por haber creído y divulgado la noticia de que un gendarme, un empleado en la policía imperial, robó y mató á un transeunte en las calles de la capital hace tres noches. «Pero si todo el mundo lo cuenta,» replicó Herten. «Son noticias ofensivas á la majestad del Emperador y al crédito del gobierno,» le dijo el general. Lo peor del caso, era que Hetzen no lo habia contado á nadie en Petersburgo; lo habia escrito en carta á su padre. Y esta carta le costó humillaciones propias, pesadumbres de familia, destierro larguísimo; y un aborto á su mujer, herida por la presencia insólita del gendarme y la tardanza en el regreso del marido, á quien creia ya por siempre condenado á las minas de Siberia, pena tan triste como la pena de muerte. Estas persecuciones, despues de todo, mostraban los remordimientos del Emperador.

Pero ¡qué castigo habria para los déspotas, si no tuvieran la conciencia en remordimientos, la vida en zozobra! Ahogan el espíritu humano, arrancan la voz al pensamiento, extienden la soledad sobre la conciencia, apagan la luz de las ideas; no hay partidos en su imperio; no hay controversias en sus academias; todos creen lo que uno solo cree; todos ruegan públicamente á Dios por el mismo que los oprime y los degrada. El Imperio está en paz, porque está en silencio. Pero súbito estalla una conjuración de cuartel, ó de serrallo. El cortesano, que besaba de rodillas, temblando los piés al opresor, saca un puñal y hiere. La mujer, que se prostituía á sus antojos, y le engañaba con mentidos trasportes, derrama unas cuantas gotas de corrosivo vino en la copa de la orgía, y envenena. El pretoriano, que blandía su lanza á las puertas del palacio para ahuyentar la cólera del pueblo, vuelve esa lanza contra su señor, y destrona. Como se ha sobrepuesto á la naturaleza el tirano, véngase de él ruidosamente la naturaleza. Como ha podrido las conciencias, no encuentra en la adversidad una conciencia pura. Los sentimientos más universales y más humanos huyen del corazón de su familia. La mujer le desprecia, el hijo le aborrece, el padre le maldice. En su propio lecho está la conjuración. Su vida habrá podido ser vida de omnipotencia y de placeres, pero es su muerte, ese nacimiento de las almas grandes, muerte de dolor y de angustia. Estudiando el fin de los déspotas, he visto la inmortalidad del humano ser, la perennidad de la humana vida, porque en la agonía comienza verdaderamente para ellos la justicia.

La historia romana es la fisiología experimental del despotismo. Augusto, que muere en su lecho, muere con sardónica sonrisa en los labios, con frío escepticismo en el alma, creyendo su imperio una farsa, su vida una comedia, su fin el fin de un histrion. Tiberio espira huyendo del Senado y de su conciencia, en la casa de Lúculo, ahogado bajo las

almohadas de su lecho, sin saber á quien irá el anillo con que se habia como desposado con la tierra, oyendo ya anticipadamente las expansiones ruidosas de la alegría causada por la noticia de su muerte en la corte y en el pueblo. Calígula es herido entre comediantes asiáticos, y espira pidiendo en vano compasión á sus verdugos. Cláudio es envenenado por su propia mujer. Neron quisiera conservar la vida, convertirse de cesar en cantor, pasar del trono al teatro; ya cava una tumba para tomar tiempo; ya conjura á sus compañeros á que se mate alguno para darle ejemplo; ya llora y suplica, hasta que se atraviesa con gran trabajo una espada por la garganta, y muere en la desesperación y la vergüenza. Galba cae asesinado en las calles, y su cabeza, separada del tronco, rueda por lugares inmundos, como piedra de cloaca. Othon se suicida. El gloton Vitelio huye entre su carnicero y su cocinero; se refugia en una portería; cae en manos de sus enemigos, niega su nombre, su persona; y es atado por el cuello con larga sogá, conducido entre dicharachos del pueblo y pedrea mezclada con lluvia de fango y excrementos, á las orillas del Tiber, donde á puntapiés le rematan. Si Vespasiano murió erguido, Tito, el primer hijo de Vespasiano, muere de melancolía en su litera, llorando como débil mujer, creyendo oír el trueno amenazador en el cielo claro, asaltado por obsesiones de infernal terror; y Domiciano, el hijo segundo, muere herido en el bajo vientre por sus domésticos, luchando con una turba de libertos, de pretorianos, de gladiadores que le insultan, le escupen, le golpean, le atormentan y le acaban entre resuellos de rabia y carcajadas de burla.

Y así han muerto también desde hace más de un siglo los déspotas rusos: que la humanidad vive bajo leyes ineludibles. Pedro III es perseguido por Catalina, su mujer, la Pasifae del Norte, la grosera erótica furia de la sensualidad coronada. Prisionero, los mismos que

le prometen libertad le envenenan sigilosamente en animadísimas veladas, donde, entre cuentecillo y cuentecillo, juramento y juramento, maldicion y maldicion, consúmense copas rebosantes de todos los licores. Cuando Pedro siente los primeros efectos del veneno, vuélvese airado contra los asesinos. Conocen éstos que no debe perderse tiempo, y le asaltan como á un toro bravo, lo sujetan á pesar de sus hercúleos esfuerzos, lo derriban á tierra, cayendo arrastrados por sus estremecimientos y su violencia hasta que al fin le hieren con mil heridas en todo el cuerpo, y le machacan la cabeza contra el suelo. Al dia siguiente, la Emperatriz desolada depositaba en magnificéntísimo catafalco el cuerpo de su esposo vestido con traje de general prusiano. Tienen por costumbre los rusos besar en los labios el cadáver de sus deudos. Las muchedumbres besan los cadáveres de los Czares. Cuantos besaron los labios de Pedro III bebieron el veneno, y experimentaron súbitas hinchazones en sus propios labios: que tan corrosivo era el líquido, y tan implacable la amante esposa del Czar. Pablo I murió lo mismo. Sus siervos, sus domésticos, sus cortesanos tiraban de las cintas que debian ahogar aquel salvaje. Alejandro, despues de haber sido de Napoleon amigo y enemigo; de haber intentado repartirse con éste toda Europa como un pródigo; de haber ido desde el incendio de Moscow á las victorias de París; estenuado de cuerpo en vicios eróticos, exaltado de alma en visiones místicas; creyéndose, ya un Mesías, ya un ministro de las venganzas divinas, ó ya un criminal castigado por torcedores de conciencia; viendo que el imperio mayor de la tierra, un imperio, cuyos límites apenas conocia; el ganado más numeroso de siervos que contaba la historia moderna, jamás bastaron á satisfacer su ambición, ni á mitigar la sed de su deseo; encerróse como un eremita en la campiña, y allí murió á la manera de Tito, entre obsesiones y terrores, medio loco, airado contra sí mismo, de sí

mismo maldecido, sin creer en la humanidad y sin esperar en Dios. Y Nicolás á nuestra misma vista, en cuanto recibió la noticia de sus reveses, en cuanto supo la debilidad de su imperio, á pesar de que el médico de Cámara lo retenía de la brida del caballo, para que no saliese á una revista en día rigidísimo y estando enfermo, por ser aquella salida un suicidio, salió desesperado en busca de la muerte. ¿Qué mucho, pues, si aquellos que así mueren, viven temblando hasta de las palabras y de las cartas de sus vasallos? ¿No es cada vasallo una víctima suya? ¿Y no es cada víctima suya un cadáver, sí, un cadáver ambulante, sin conciencia y sin alma, porque no existen allí donde no existe la libertad humana? Y estas víctimas le envían á la conciencia, quiera ó no quiera, miles de remordimientos.

El caso que veníamos refiriendo prueba en término último cuán azarosa es la vida de un tirano. Alejandro Herten había escrito á su padre que uno de los representantes del déspota asesinaba en las calles y por las noches á los transeuntes. Alejandro Herten merecía implacables castigos, porque revelaba sus tendencias incontrastables á la crítica, que es la revolucion en la conciencia, en el espíritu. Mas sus destierros eran bien singulares destierros. Tratado como el hijo pródigo de una familia monárquica y aristocrática, pasaba de empleo á empleo en sus largas y forzosas correrías por todo el territorio de Rusia. Del Ministerio del Interior en San Petersburgo, iba al Consejo de Regencia en Nougorod. Inútilmente, una de las más consideradas princesas rusas se interesó por él; Nicolás fué inflexible, y no hubo más remedio que abandonar la córte y partirse para la provincia.

El cargo de consejero de regencia era una especie de ministerio de los gobernadores de provincia. Todas las mañanas debían los consejeros ponerse su uniforme, ceñirse su espada é ir á la recepcion del gefe, que entra-

ba arrastrando su sable y haciendo reverencias, á firmar las diversas disposiciones del día anterior, sin tomarse siquiera el trabajo de leerlas, y sin que permitiera á los demás de viva voz comentarlas, no sea que llegaran á imaginarse miembros de Asambleas deliberantes. Herten, que desempeñaba negociados varios, tenía entre ellos el de inspeccion de policía, y como estaba él sometido á la vigilancia de la policía, quiere decir que estaba sometido á la vigilancia de sí mismo. Todas las semanas llegaba el informe que sus subordinados solían dejar por deferencia en blanco, y trazaba estas palabras inflexiblemente: adscrito al servicio del Emperador.

En este cargo podía hacer é hizo favores reales á dos clases de seres igualmente infelices; á los siervos y á los sectarios. Son estos unos campesinos, que disintiendo de la religion griega, de la religion oficial, acuden al desierto por todas partes presente en la inmensa Rusia para salvar la fé de sus almas, el tesoro de sus creencias. Los sectarios de Nougorod creían principalmente en la revelacion y en la asistencia de un espíritu puro que se comunicaba estrechamente con su espíritu. Pablo I quiso conocer al anciano que en su tiempo presidía esta tribu. El anciano se presentó, y por ser muestra de respeto en los suyos permanecer cubiertos, no se quitó su gorra de pieles. Tomóla á irreverencia el bárbaro Czar, y mandó que le condujeran á Siberia y quemaran la aldea donde se albergaba. Uno de sus ministros se echó, pasados varios días, á los piés del Emperador y le dijo que no había cumplido ni una ni otra orden, esperando las confirmara el Czar en mayor calma. No las confirmó, y fué encerrado el sectario en convento, donde edificaba á los monges moscovitas, en su mayoría glotones y borrachos, con la pureza de sus costumbres, severas hasta la austeridad, y la abnegacion de su vida consagrada al bien de todos sus semejantes. Las persecuciones aumentaron los sectarios. Y el jóven republicano pudo fa-

vorecer aun á muchos en su cargo de consejero, y evitarles grandes molestias.

Más difícil era amparar á los trabajadores del campo; pues para amparar á los trabajadores del campo debía reñir con los nobles. Sin embargo, por todos los medios que tenía á su alcance, los amparaba. ¿Y qué podía hacer contra la fatalidad de las instituciones? La sierva de un coronel entraba en el comedor con una tetera llena de agua hirviendo, y el pequeñuelo del coronel que salía, tropieza con ella, y se abrasa la mano. ¿Qué castigo inventó el señor á este daño hecho involuntariamente por la sierva? La pena de Talion. Mandó traer un hijo, un niño de doce años que la esclava tenía, y le sumergió la mano en agua hirviendo.

Las colonias militares eran una creacion digna de las siniestras fantasías de la Edad Media. Todos los delirios del despotismo arriba; todos los horrores de la servidumbre abajo. Habíase puesto á su cabeza uno de esos generales que resumen y compendian los vicios del imperio moscovita, que tienen la ferocidad del tártaro, la soberbia del mongol, y la fria indiferencia del sargento alemán reducido á máquina por la disciplina y la táctica del gran Federico. Llamábase Araktcheief. Tenía una querida insolente, grosera, que golpeaba á todo el mundo, y la asesinaron. El déspota empapó su pañuelo en sangre de la mujer amada, se lo puso sobre el corazón, y juró tomar una terrible venganza. Aunque el asesino fué su propio cocinero, no pudo descubrirlo sino muy tarde. Entretanto las prisiones se llenaron de inocentes, y los huesos crugieron destrozados innumerables veces en el potro. Hasta los transeuntes eran presos, y puestos á cuestion sobre la espantosa máquina del tormento y bajo el chasqueante Kouth. El criminal llegó á horrores monstruosos en su salvaje cólera. Tuvo sospechas de una pobre mujer inocente, y le dió tormento en el palacio mismo donde el monstruo vivía. La infeliz estaba en cinta, y pedía piedad, no para sí,

A.

para el fruto el sus entrañas, para el sér que en su seno se agitaba, anheloso por la luz y por la vida. No hubo piedad. El látigo mordió las carnes, el tormento descoyuntó los huesos de la mártir, que espiró al dolor y á la vergüenza, matando de su muerte el triste hijo, antes de nacer, castigado.

El espíritu del jóven demócrata se enardecía á presencia de estos tristísimos ejemplos, que en su tiempo, y en tiempos anteriores, mostraban todos los crímenes del despotismo. Cierta dia que estando en el palacio del gobernador se presentó una campesina, condenada por su amo á separarse para siempre del hijo único que la infeliz tenía, y á permanecer de por vida en Siberia; como Alejandro nada alcanzara en su bien, presentó la dimision de su cargo, que solo podían ejercer los crueles y lucrar los concusionarios; y se retiró á Moscow bajo la alta inspeccion de la policía.

En Nougorod su vida era tristísima. Algunas veces la hipocondria le aquejaba en términos que entristecía á cuantos le rodeaban. Nathalia era naturalmente la más triste. Quisiera la mujer, naturaleza en su esencia afectiva, reducir toda la vida de sus amantes, de sus esposos al sentimiento; encerrarlos en el fondo del corazón, y convertir el amor en la única tierra, en el único cielo del sér amado. Como á ellas, ¡tan buenas! les basta por toda felicidad con la felicidad del hogar doméstico, creen posible abreviar así, compendiar así la vida más dilatada, y expansiva y multiforme del hombre. Sér que existe fuera de su sér, en el nido de otro corazón y al calor vivísimo del sentimiento, necesitando más que la luz del sol la luz de unos ojos queridos, y más que el aire de la atmósfera el suspiro y el aliento del amor, la mujer no comprende que haya para el hombre otro mundo que el mundo del hogar, ni otro cuidado que el cuidado de la familia, ni otra vida que la vida de los afectos, de los recuerdos, de las esperanzas para ella esenciales á su

existencia. Es un sér amante, y por lo mismo un sér celoso. Quisiera que sus éxtasis se comunicaran al hombre á quien ama con ese sublime egoismo sin el cual cree siempre vano y mentido el amor. Por eso, cuando ve que la política, que la ciencia absorben mucho la vida del hombre, se imagina la mujer que la política y la ciencia toman formas plásticas, y son rivales hermosas, que le arrebatan el cariño por ella exclusivamente exigido como culto intolerante, único á la divinidad de su amor. Nathalia era una mujer de sobresaliente mérito. Había trocado un palacio por un destierro; y una rica herencia por un amor exaltado. Su afección hácia Alejandro era tan grande, que perdió en sus brazos y en el comercio continuo con sus ideas la religión aprendida en la cuna, observada en el hogar. Así descolgó el bizantino altarcito lleno de santos griegos; apagó las lámparas que ante estos altarcitos ardían; extinguió la oración en sus labios, la antigua fé en el pecho; y abrazando las ideas filosóficas de su esposo, trocó toda aquella poesía, todas aquellas leyendas, perfumadas de incienso, embellecidas por la historia, acompañadas de solemnes cánticos, nacidas entre la liturgia griega, y adoradas por siglos de siglos, trocólas todas por las rudas fórmulas de la hegeliana ciencia de su esposo. Hé ahí la mujer. Entrega á su amante corazón y conciencia; fé y esperanza; y sin él no quiere el cielo, y con él cree que hallará la felicidad hasta en el infierno. Llevada de esta exaltación quejábale Nathalia de que Alejandro se entristeciera en Nougorod, cuando en Nougorod estaba ella, sí, ella, que solo vivirá para Alejandro, en cuyo amor habían desaparecido hasta su religión y sus creencias.

Bien es verdad que las costumbres del clero cismático-griego eran poco idóneas para mantener la fé en las almas puras. Herten cuenta en sus Memorias la muerte de un doméstico suyo, Matres, el compañero de destierro, ahogado en el estanque de una de sus

posiciones del centro de Rusia. Padre Juan se llamaba el sacerdote ó cura de aquella localidad. Cuando el cuerpo estaba yerto, en su presencia, y en medio de las ceremonias religiosas para recogerlo, y de los procedimientos legales para testificar su fin, ya pedía padre Juan algo que comer, y sobre todo que beber. En el momento de salir con el cadáver salmodiando los versículos del ritual, interrumpía el cántico para preguntar si serían abundantes las agapas, las cenas de los funerales. Tenía por hábito emborracharse en todas las festividades religiosas, hasta caer desplomado sobre el suelo. Cogíanlo entonces como un fardo los campesinos, arrojábanlo en su carro, dejaban la rienda sobre el lomo del mulo, y este animal, más inteligente y ménos vicioso que el ungido del Señor, le llevaba por instinto y sin necesidad alguna de guías ni carreteros á su casa. Por regla general su esposa se encontraba en el mismo estado de beatitud alcohólica que el buen sacerdote. Solo había firme en aquella familia la hija única de tan santo matrimonio, que se echaba entre pecho y espalda enorme tasa de aguardiente ó de ron, y su cabeza permanecía grave, serena, sólida, como si la hubieran fabricado en piedra. La embriaguez no era el vicio único de su santo padre, aquejábale también desapoderada codicia de los ajenos bienes. Y cuenta Herten que llegó en su desenfreno hasta robar el reloj á su mismo sacristán. La inmoralidad de su vida no se compensaba con la lucidez de su inteligencia, porque desconocía el griego, el latín, y á duras penas murmuraba entre dientes ininteligibles oraciones. Así molestaba frecuentemente á los crédulos campesinos, asegurándoles que no valían ni un sorbo de aguardiente las oraciones que él rezaba y las misas que él decía. Admiramos, pues, al clero de los rusos.

Alejandro Herten pasó después de 1840 á Moscow, donde por muerte de su padre recibió una rica herencia, y de Moscow á Petersburgo en 1843, donde necesitó mover todas

sus relaciones para conseguir un pasaporte al extranjero. Cuando dejó aquella Rusia con su Emperador absoluto en la cima, con sus manadas de siervos en la base; con su clero desmoralizado é intolerante; con su ejército á servicio de todo despotismo; con su policía que ceda desde el hogar y la alcoba hasta el recorte de las patillas ó de las barbas; con sus universidades montadas como un cuartel y dirigidas por generales; con sus naciones degolladas y palpitantes; con sus varias razas encorvadas bajo el látigo; Herten respiró y sintió avivarse, crecer su sentido revolucionario, contemplando el pensamiento, brillar en las conciencias, y la palabra huir serena de los labios sin mordazas, y la prensa brotar como un árbol que diariamente se renovara, hojas cargadas de ideas, y las universidades discutir todos los varios sistemas que forman la trama de la ciencia, y tronar desde la tribuna esa elevadísima montaña moral en discursos admirables las nobles aspiraciones de los pueblos, y encrespase las muchedumbres en los comicios para prestar más fuerza é impulsar con más soberano impulso la civilización á sus fines naturales, á realizar la justicia; maravilloso espectáculo, en cuyo goce no se cansaba nunca, apareciendo á sus ojos la existencia pasada en la servidumbre, en el silencio, en los destierros, en las persecuciones de la policía, en la esclavitud de la vida y del pensamiento, como un sueño de muerte en el fondo de un podrido sepulcro.

Entonces sintió Herten una grande pasión por la propaganda revolucionaria en su patria. Creía él que no obstante la ortodoxia estrecha de la iglesia rusa, y el despotismo semi-mongol y semi-alemán de la corte, en la raza cosaca había un fondo de independencia, cualidades individualistas, espíritu personal y propio, facultades brillantísimas, que la hacían capaz de un régimen tan liberal como el régimen de los pueblos americanos. Para Herten los cosacos eran una especie de sajones continentales, inquietos, batalladores,

nómadas, sintiendo siempre una voz que les decía libertad, y que les empujaba adelante, como si tuvieran que destruir algún viejo imperio y que levantar alguna nueva sociedad. Y si esto eran los cosacos á sus ojos, los eslavos eran algo más, eran por el génio municipal, por la propiedad colectiva, por la comunidad de los instrumentos del trabajo, por la mezcla de la independencia más individualista con el espíritu más social, cualidades exclusivas de su privilegiada naturaleza; el pueblo apercebido á fundar en nuevas bases de solidaridad y de armonía la vida económica de las modernas democracias.

En su sentir, lo que este pueblo necesitaba era una voz que lo despertase, un clarín que, resonando en su oído, lo llamara á vivir y á luchar en la sociedad por el derecho. Después de haber asistido al nacimiento y á la muerte de la revolución de Febrero en París, Alejandro Herten se retiró á Londres y allí emprendió la publicación de un periódico en ruso y en francés, que se llamaba *La Campana*. A esta larga distancia, un periódico ruso parece que debía interesar poco á un Emperador elevado sobre tan alto trono. Pues no era así. Caíale en las manos la maldita hoja como si le lloviera del cielo. Encontrábalas en su jardín, en su palacio, en su alcoba; diríase que la arrastraban hasta allí las ráfagas del viento. Nicolás sentía la publicación de aquella hoja, que denunciaba todas las brutalidades de su gobierno; sentíala por los reyes y pueblos extranjeros, por la emigración rusa que vagaba en Europa, por los mismos pueblos de su imperio á cuyos oídos pudiera llegar aquella palabra creadora de nuevas almas. Cuando Herten pidió por primera vez á Nicolás su pasaporte, puso el Emperador al margen de su puño y letra en lápiz: demasiado pronto. El influjo poderoso de la princesa Olga Alejandróna, suegra de Orlof, querida un tiempo de Jorge IV de Inglaterra, y directora de la conjuración que asesinó al Emperador Pablo I, alcanzó el pa-